

esas escenas; arquitectura, muebles, gusto de espíritu y de adornos, jardines, cuartos, escenas de escuela, juegos de niños, cantantes, mendigos, campesinos, soldados, cortesanos, interiores de tiendas, la vida de los artistas, el estudio del pintor, el del escultor, y el del grabador bajo todas sus fases.

Pero no se podría dar una idea completa de Abraham Bosse si no citásemos también sus libros sobre el grabado, y los muchísimos que ha escrito sobre el arte y la imaginación del amigo a cuya gloria tanto contribuyó; hablamos del célebre geómetra Gerard Desargues. Los trataditos de Abraham Bosse sobre su arte y la perspectiva son aun en el día muy estimados así como los que escribió cuando ya formaba parte de la Academia.

Sin embargo, su genio atrabiliario le atrajo infinitos enemigos cuya influencia iba aumentando á medida que Lebrun se engrandecía; y además privado por la muerte de Desargues el mejor amigo de su ciencia, privado también por su salida de la Academia de la cátedra en donde había enseñado la perspectiva con tanta pasión, y debilitado como grabador por la vejez, Abraham Bosse concluyó por renunciar á aquel mundo de la corte y de las artes de quien fueron sus obreros más pronunciado, y se retiró á Tours donde murió en 1678 á la edad de sesenta y nueve años.

PAGANISMO. — IDOLATRIA.

El paganismo, ó la doctrina de los paganos, recibió este nombre en los primeros siglos de nuestra era, en la época en que los cristianos comenzaban á prevalecer en las ciudades, al mismo tiempo que los politeos solían á duras penas ser sostenidos en las aldeas (*paggi*). De aquí proviene el título *pagani* que se dio á estos individuos, y el de *paganismo* con relación á sus creencias. Desde entonces, en el lenguaje de los cristianos, la palabra paganos, se aplicaba á todos aquellos que no eran judíos ni cristianos. Todos los paganos tenían de común el ser politeos. Cuando el mahometismo se separó del politeísmo, y proclamó el monoteísmo, á imitación de la doctrina cristiana, afectando acusar á esta de trisiteísmo, no pudo menos de comprenderse á los que la profesaban en el número de los paganos. La edad media heredó esta terminología, y mientras duraron las cruzadas, se llamaron indistintamente á los sectarios de Mahoma paganos ó infieles. Cuando cesó esta lucha, y apareció la luz de la imparcialidad, se conoció la injusticia que había en confundir la doctrina monoteísta de los musulmanes con las creencias de los politeos paganos, y la palabra paganismó fué desde entonces equivalente á la de politeísmo. Sin embargo, existe una diferencia entre la una y la otra; la primera, se usa con especialidad en la polémica, y se aplica generalmente á las religiones que han luchado con el judaísmo, primeramente, y después con el cristianismo, al paso que la segunda designa únicamente ciertos sistemas religiosos, considerados en sí mismos y sin relación de ninguna especie con los demás, y en esta acepción precisamente tomamos nosotros ambos términos. Bajo la palabra paganismó nos referimos, no á los caracteres y á los destinos propios de las diferentes doctrinas que abraza esta palabra, sino al carácter común de todas las religiones que admiten la pluralidad de dioses y de las relaciones que han tenido sucesivamente con el judaísmo y el cristianismo.

El paganismó, cuyo origen se pierde en lo que se llama la oscuridad de los tiempos, nació en los familias de los que se habían separado de aquellos que sostienen nuestros códigos

sagrados. No es otra cosa que la reunión de los sistemas religiosos que ignoraron ó ocultaron á la multitud la unidad de un Dios, autor y ordenador supremo del universo y de todo lo que encierra. En lugar de la creación por Dios solo, y de una Providencia ó de una intervención providencial en los asuntos del mundo, el paganismó admite la diversidad de los efectos, la pluralidad de las causas, y reparte sus rezos y las ceremonias de su culto entre una multitud de divinidades, cuyo número, cuyo carácter y cuyas atribuciones jamás podrán definirse de una manera cumplida. El paganismó tiene por otra parte un gran número de formas y variedades.

Nacido en la edad de los primeros tiempos, fué muy pronto la doctrina de la mayoría de los habitantes del mundo antiguo; solamente un pueblo fué monoteísta, y sin embargo, para preservarle del politeísmo fué necesaria una intervención providencial. Esta primera lucha entre el monoteísmo y el paganismó ofrece seis grandes épocas: la caldea, la egipcia, la palestina, la persa, la griega y la romana; en la época caldea el paganismó encontró en Abraham, verdadero patriarca de los hebreos, un adversario que entregó su posteridad entera al culto de un solo Dios, y que escogió para transmitir á sus descendientes la memoria de esta alianza, un signo exterior con el cual mandó marcar su cuerpo. En la época egipcia, Moisés opuso al mismo sistema una legislación completa; leyes religiosas, políticas y civiles, que llevaban un poderoso carácter de nacionalidad, y de separación relativamente á los paganos, es decir á todos los pueblos del mundo. Empeñó por otra parte la guerra más abierta, y la guerra de la incompatibilidad más pronunciada; de modo que en la época palestina, la lucha entre el paganismó y el monoteísmo fué permanente, y la historia de los judíos no fué otra cosa que una serie de combates religiosos, que últimamente, el establecimiento monárquico de David, logró someter, ya que no destruyó, las antiguas poblaciones paganas de la tierra del monoteísmo. En la época persa, al contrario, fué el paganismó quien deportó y esclavizó la única nación monoteísta del mundo. Sin embargo, en medio de todas las persecuciones que experimentó, esta nación conservó sus doctrinas. En la persona de Ciro, hizo el paganismó un acto de humanidad con respecto á los monoteístas, que habían estado mucho tiempo cautivos en tierra de destierro; y con la época griega comenzó para el judaísmo una era de verdadera tolerancia. Desde entonces los judíos, ya diseminados en el interior del Asia, pudieron propagarse libremente por el Egipto, por Grecia y por todas las provincias del imperio que habían obedecido al héroe poderoso de Macedonia. El paganismó mostró muchas veces todavía su intolerancia, durante el período griego, sobre todo en Siria, donde la dinastía de los Seleucidas se lisonjaba de someterse mejor á los judíos, si conseguía someterlos á sus creencias. No obstante, protegido en Egipto y tolerado en otras partes, el monoteísmo hizo en estos siglos considerables progresos. No solamente los judíos tuvieron entre los griegos un gran número de prosélitos, sino que merced al progreso de las luces apareció en el seno mismo del paganismó, y particularmente en las escuelas de los filósofos, un gran número de monoteístas, pues los beneficios de la providencia no se apartan de aquellos que no la conocen.

En el período romano hubo tolerancia general para el monoteísmo por parte del paganismó; pero en esta regla se hicieron sin embargo frecuentes y crueles escepciones: los judíos fueron perseguidos en muchas ocasiones, por la única razón de despreciar á los dioses del imperio, y por negarse

á adorarlos. Pero pronto desapareció esta lucha tan prolongada entre el paganismó y el judaísmo, con la presencia de aquella que estalló entre el paganismó y un monoteísmo nuevo, más poderoso que el primero, pues que dejando de ser nacional, se manifestó el más universal de todos los sistemas, ó más bien el único que tuvo carácter. Hemos designado al cristianismo. Esta religión tuvo que sostener una lucha contra la inmensa mayoría pagana, y esta lucha se distingue igualmente en muchas épocas: la época primitiva, la época constantina, la época teodosiana y justiniana, la época pontifical, la época imperial y la época moderna.

La época primitiva de la era cristiana es una época de intolerancia y de persecución por parte del paganismó. Con efecto, si toleró en un principio á los cristianos ocultos bajo la égida del judaísmo, se declaró contra ellos desde que los conoció bastante para distinguirlos de los judíos. Domiciano pretendió matar hasta el último cristiano. Si el paganismó fué más indulgente que este príncipe, fué porque contaba mucho con su fortaleza; pero cuando trascurrieron dos siglos más y descubrió la de los monoteístas, tuvo Diocleciano que tornar á emprender el proyecto de sus predecesores, y se decretó otra vez la destrucción completa de los cristianos: todo cuanto puede inventarse de sobrenatural se puso en juego para llevar á cabo este designio; instituciones y calumnias, maquinaciones religiosas y consideraciones políticas, acusaciones públicas y sangrientas ejecuciones. Disponiase el paganismó á celebrar horrorosos triunfos, cuando un jefe del imperio se determinó de repente á abdicar con admirable arrogancia. Con la época constantina dió principio la decadencia exterior del paganismó griego y romano que amenazaba destruir otros tantos paganismos; que arruinó el druidismo, cuya caída interior estaba ya muy adelantada. La familia de Constantino, para acelerar esta caída, tomó las medidas más enérgicas; las armas más cortantes que el paganismó de Roma y de Atenas acababa de emplear contra sus adversarios, sus adversarios las emplearon contra él. Privados de sus templos y de sus escuelas, de sus honores y de sus esperanzas, los partidarios de una doctrina que juraba el estermínio de los monoteístas no aparecían ni aun en minoría más que en Roma, ó en algunos departamentos de Alejandría, de Antioquia y otras ciudades. Solo estaban en mayoría en las aldeas, y bien pronto un decreto supremo dietó estas palabras fuertes y prematuras: *Ya no existen paganos en el imperio.*

La lucha no terminó todavía, sino que avanzó robusta bajo Teodosio y Justiniano.

Cuando fué casi consumada la ruina del paganismó griego, estalló una nueva lucha, la que no merecía este nombre en verdad, pero á pesar de ser monoteísta detuvo á los monoteístas cristianos en sus progresos y en sus ataques contra los paganos exteriores del antiguo imperio de Roma. Con efecto, las conquistas del cristianismo en Asia y Africa se suspendieron bruscamente, y la Europa meridional se vió invadida por los sarracenos hasta penetrar en el corazón de la España. La época pontifical que comprende desde la caída del imperio de Occidente hasta el restablecimiento de este mismo imperio bajo Carlo-Magno, se distinguió por su buen éxito y por los hechos más gloriosos. El paganismó celta y británico fué vencido en este período, así como el paganismó germánico de las márgenes del Rin y de Helvecia, cuyas conquistas fueron dignas de la religión cristiana. San Agustín de Cantorbéry y San Bonifacio que convirtieron á los paganos nuestros antepasados, se mostraron dignos sucesores de los apóstoles. Las derrotas que experimentó el

paganismó sajón, eslavo y escandinavo durante la época imperial, bajo Carlo-Magno y bajo los emperadores de la casa de Sajonia y Habsburgo, no fueron tan puras ni tan gloriosas para la casa de los cristianos.

El paganismó desapareció de la Europa entera, y si continuó en el seno de las naciones convertidas con gran número de prácticas y supersticiones paganas, al menos la época imperial terminó con idolatría; pero la lucha entre el paganismó y el cristianismo no cesó. Al empezar la época moderna se reveló una parte del mundo, y con ella surgieron nuevas regiones de paganos: al punto pensó la Europa en combatirlos, y la España dió el ejemplo aboliendo la dinastía y la religión de los Mozabmas. Antes que España hubiese descubierto la América, el Portugal había encontrado por el mar un camino para dirigirse á las Indias Orientales. Francia, Italia, Inglaterra, Holanda imitaron el ejemplo de los españoles y de los portugueses uniendo como éstos países el celo religioso al espíritu de conquista, y la ruina del paganismó á la fundación de colonias y al establecimiento de buenas casas de comercio. Merced á aquellos numerosos misioneros, cuyo celo religioso se mostró tan superior á la ambición política y á la especulación mercantil que condujeron á tantos al Nuevo Mundo, fué poco á poco emancipándose de los errores de su antigua creencia.

La lucha del monoteísmo contra el paganismó, ha sido siempre la de la verdad contra el error; la de la civilización contra la barbarie. El fin del paganismó no ha terminado aun cuando se prevee su fin, y pronto desaparecerá de la superficie de la tierra; perecerá en todas partes antes que termine el siglo, excepto en la China, donde podrá mantenerse mas tiempo; pero donde también succumbirá si algún grave conflicto con las potencias de Europa llevan á aquella región una expedición combinada con designios religiosos.

El paganismó griego y romano, en su lucha con la religión cristiana, ha sido objeto de muchos escritos en la antigüedad judaica y cristiana, así como la literatura moderna es igualmente rica en obras relativas á esta materia.

MUSEO EGIPCIO.

En el piso bajo del Louvre, por el lado opuesto al del reloj, se han reunido en una galería diferentes monumentos egipcios, antes esparcidos en el Museo de escultura antigua y en otras partes del edificio. Esos monumentos que para el público significaban poco cuando se hallaban mezclados con las obras griegas y romanas, ofrecen hoy, reunidos, un espectáculo muy nuevo; su conjunto llama y concentra el pensamiento sobre la misteriosa civilización del antiguo Egipto, sobre su arte singular y su oscura historia. Y no es por que ese Museo especial sea aun bastante rico para dar una satisfacción completa á la curiosidad y al estudio. La arquitectura no se halla bien representada, y otro tanto se puede decir de esa parte de la pintura y de la escultura que mas abundante y mas variada haría comprender mejor los detalles de la vida doméstica. Sea como quiera, una visita á la galería egipcia nos revela ya preciosas noticias.

Los monumentos que llaman primeramente la atención, son las estatuas, estinges, estatuillas y grupos que representan dioses, reyes ó particulares.

Once estatuas de granito negro, con vetas de color de rosa (exceptuando una sola) figuran la diosa-Pachet divinidad solar á quien se atribuía la formación de las razas asiáticas.

Los reyes son más numerosos que los dioses en la galería. Un hermóso estingo de granito rosado con nobles rasgos, desgraciadamente mutilados, representa un gran rey

de que habla Tácito, Ramsés II de la decimanona dinastía; Ramsés-Melancun, vencedor de la Etiopía, conquistador de una parte del Asia que reinó mas de sesenta años en el décimo quinto siglo antes de Jesucristo. Cubrió el Egipto de suntuosos monumentos, pero desde aquel tiempo el arte de la esta-

tuaria, que llegó á toda su perfeccion bajó la décima octava dinastía, se hallaba muy decaydo. Los dos cartones de Ramsés II se hallan grabados sobre el pecho del esfinge y entre sus patas delanteras. A la derecha, en la base, se ven varios caracteres, repetidos tambien á la izquierda y que se



Museo del Louvre.—Monumentos egipcios.—Esfinge de granito rosado.—Dibujo de FREEMAN.

traducen como sigue: « El Set de Ramsés Melancun da una vida estable y poderosa sobre el trono del sol para siempre. » Es una invocación al dios guerrero Set ó Tiphon que se veneró cuando los triunfos de los ejércitos egipcios y que tanto se detestó despues que se mutilaron y estropearon por todas partes sus estatuas y sus simbolos geroglíficos.

Otro esfinge gigantesco de granito rosado (altura 2 m. 06) representa al rey Memphis, el hijo décimo tercero de Ramsés II. Cada pata del leon reposa en un anillo que parece ser el simbolo de un largo periodo de siglos. Se cree que fué ese rey el que persiguió á los hebreos y el que murió en el paso del Mar Rojo.

EL ESTIO.



Composicion y dibujo de Tony JOHANNOT.

Ya hemos visto los placeres de la primavera; pájaros fuera de su nido, flores arrancadas, carreras en los prados tras de las mariposas. Ahora viene el estio con sus ardientes soles. Al borde de las aguas, bajo la sombra de los sauces, va buscando la dichosa familia el bienestar y la alegría.

La barca se desliza sobre las aguas, costeano las islas sembradas aqui y allá como plantíos de árboles y flores. Ved á ese jóven que conduce la barquilla, esos niños con los rostros risueños, esas jóvenes mujeres rebosando belleza! Cuánta gracia y felicidad! Qué bien resplandece la luz entre

esas sombras, sobre esos rostros y por esas aguas! Qué bien debe borrar la brisa por entre las hojas! Cuánta opulencia de vida en el conjunto! En esta composicion se encuentra el encanto de la antigua escuela francesa que hizo de la pintura una eterna fiesta? La vida de placeres revelada por el artista no tiene nada que no sea grato y agradable: es e idilio en las proporciones de la realidad.

Demos pues gracias al artista que nos pinta el placer bajo su forma mas pura, sana y dulce! ¡ojalá que esos bonitos grupos de mujeres y de niños, mezclados con los esplendores

de las estaciones nos devuelvan el gusto de las alegrías naturales; ellos solos fortifican y no van seguidos de remordimientos.

Esa barca que sigue la corriente no atravesará únicamente las islas floridas; después de los murmullos de la onda, los cantos de los labradores, y distinguirá de cuando en cuando las cuadrillas de segadores rendidos de cansancio, y las espigadoras quemadas por el sol. A la vuelta del río que lleva tan suavemente la barquilla, oír el ruido del molino en que se prepara el pan de cada día y el estrépito de la fábrica de donde sale el paño del pobre y del rico. Ni el aspecto, ni el ruido del trabajo les abandonarán en su paseo; ellos no olvidarán en su reposo que otros se fatigan, y al dar gracias á Dios por el sol que brilla y la brisa que pasa, le pedirán que haga llegar la brisa hasta la pradera en donde siegan los campesinos, y el sol hasta en los pobres aposentos en que vive el obrero.

LA ARCADIA.

Bernardino de Saint-Pierre había concebido el plan de un poema épico en prosa en que se proponía pintar la vida de un pueblo dichoso y sabio, según las leyes de la naturaleza; y huyendo á un tiempo de la grosería del estado salvaje y de la elegante corrupción de una civilización en decadencia.

Primeramente creyó que hallaría un modelo vivo de su poema entre las naciones, no de Europa, sino del nuevo mundo, pero un detenido examen de las sociedades americanas le demostró bien luego que no era allí donde debía buscar su ideal.

«En vano, dice, mi imaginación dió la vuelta al globo. En medio de tantos sitios ofrecidos á la dicha del hombre por la naturaleza, no hallé uno que sentara la ilusión de un pueblo feliz siguiendo sus leyes... Mi alma, descontenta de los siglos presentes, remontó el vuelo á los antiguos siglos y se detuvo en los pueblos de la Arcadia.»

Virgilio ha hablado de la felicidad de la Arcadia.

Bernardin de Saint-Pierre interrogó la poesía y la historia se llenó de amor y de entusiasmo hacia ellas, y comunicó su plan á J. J. Rousseau de quien era discípulo y amigo.

Bernardin de Saint-Pierre no escribió más que la introducción de ese hermoso poema que, concluido, quizá habría alcanzado tanta celebridad como el *Telemaco*. No es posible citar en la lengua francesa nada más dulce y armonioso que el principio del libro titulado las *Gallias*. El mismo Fenelon no tiene pensamientos más puros ni mejores imágenes.

Nuestros lectores podrán juzgar por este fragmento:

«Un poco antes del equinoccio de otoño, Tirteo, pastor de Arcadia, estaba guardando su ganado á la falda del monte Liceo que se adelanta á lo largo del golfo de Messenia. Se hallaba sentado á la sombra de los pinos, al pie de una roca, desde donde veía á lo lejos el mar agitado por los vientos del mediodía. Las olas de color de acituna estaban blancas de espuma que saltaba sobre las playas. Las barcas de los pescadores aparecían y se escondían luego por entre las olas, y se estrellaban sobre las rocas queriendo buscar en ellas su salvación, en tanto que grandes buques de vela hinchados por la violencia del viento, se alejaban teniendo naufragar en ellas. En el fondo del golfo cuadrillas de mujeres y niños alzaban las manos al cielo lanzando fuertes

gritos á la vista del peligro que corrían aquellos pobres marineros, y anchas olas que bajaban en montañas de espuma se rompían mujeteando sobre las rocas de Stenclagos. Los ecos del monte Liceo repelían por todas partes sus rumores roncós y confusos, y con tanta verdad, que Tirteo volvía repetidas veces la cabeza creyendo la tormenta á sus espaldas y figurándose que se rompían los mares en la cuspide de la montaña. Pero los chillidos de las zarzetas y de las pavotias que iban á refugiarse allí jugando sus alas, y los relámpagos que surcaban el horizonte, le demostraban que solo en la tierra había seguridad, y que la tormenta era mucho mayor á lo lejos de lo que allí le parecía. Tirteo compadecía á los marineros y bendecía la suerte de los pastores, semejante hasta cierto punto á la de los dioses, puesto que introducía la calma en su corazón y detenía á sus pies la tempestad. Mientras daba las gracias al cielo, dos hombres de hermosa presencia se dejaron ver por el camino que pasaba por debajo de él á la falda de la montaña. El uno estaba en la fuerza de la edad y el otro se hallaba en su flor todavía. Ambos caminaban de prisa como viajeros que desean llegar pronto. En cuanto se hallaron al alcance de su voz, el mayor preguntó á Tirteo si iban por el camino de Argos; pero como el ruido del viento entre los pinos cubría los acentos de su voz, el mas jóven subió hacia él y le gritó:

— Padre mio, estamos en el camino de Argos?

— Hijo mio, le respondió Tirteo, no sé donde está Argos. Os halláis en Arcadia en el camino de Tegea, y esas torres que veis allí son las de Belemina.

Mientras hablaban, un perrillo de aguas jóven y jugeton que acompañaba á aquel extranjero vió en el rebano una cabra enteramente blanca y se acercó para jugar con ella; pero la cabra asustada con aquel animal cuyos ojos estaban cubiertos de pelos, huyó á lo alto de la montaña, y el perro echó á correr detrás. El jóven llamó á su perro que volvió inmediatamente á sus pies bajando la cabeza y moviendo la cola; le echó una lazada al cuello y suplicando al pastor que le detuviera, se fué á llamar á la cabra que seguía corriendo; pero su perro viendo que se iba dió una sacudida tan fuerte que se escapó con la lazada, y echó á correr tan de prisa siguiéndole las huellas de su amo que bien luego desaparecieron, la cabra, el perro é el viajero.

«El otro extranjero que había permanecido en medio del camino ya se disponía á marchar hacia su compañero cuando el pastor le dijo:

— Señor, el tiempo está muy malo, la noche se acerca, y la selva y la montaña están llenas de barrancas en que podriais caer. Venid á descansar un poco á mi cabanita que no está lejos. Estoy seguro de que mi cabra, que está bien enesada, volverá aquí por sí misma y traerá á vuestro amigo con tal de que no pierda su pista.

«Y al decir esto tocó su zampoña y el ganado se puso á desfilarse por un sendero hasta lo alto de la montaña. Un carnero padre muy grande marchaba á la cabeza del ganado, seguido de seis cabras cuyas tetas caían hasta el suelo; doce ovejas acompañadas de seis corderillos iban detrás, y por último una burra con un asno cerraban la marcha.

«El extranjero siguió á Tirteo sin decir nada. Subieron unos seiscientos pasos por un terreno cubierto de menuda yerba sembrado aquí y allá de retama y tomillo, y al entrar en la selva de encinas que cubre las alturas del monte Liceo, oyeron los ladridos de un perro, y bien luego vieron llegar hacia ellos el perro de aguas seguido de su amo que llevaba al hombro la cabra blanca. Tirteo dijo á aquel jóven:

— Hijo mio, aunque esa cabra es la que mas estimo de todo mi ganado, preferiría haberla perdido á haberos ocasionado la fatiga de alcanzarla en su carrera; pero, si gustais, ya descansaréis esta noche en mi casa y mañana, si deseais continuar vuestro viaje, os mostraré el camino de Tegea, que os conducirá al de Argos. Sin embargo, señores, si queréis creerme, tampoco mañana saldréis de aquí, porque es la fiesta de Júpiter en el monte Liceo y aquí se reúne toda la Arcadia y una gran parte de la Grecia. Si venis conmigo me haréis mas agradable á Júpiter cuanto me presente en su altar para adorarle acompañado de extranjeros.

El mas jóven respondió:

— Oll querido pastor, aceptamos gustosos vuestra hospitalidad por esta noche, pero mañana al despuntar la aurora continuaremos nuestro viaje para Argos. Hace mucho tiempo que estamos luchando contra los mares para llegar á esa ciudad famosa en toda la tierra por sus templos y palacios y por la morada del gran Agamenon.

«Después de haber hablado de este modo atravesaron una parte de la selva del monte Liceo hacia el Oriente y bajaron á un vallecito abrigado de los vientos. Una yerba suave y fresca cubria los flancos de sus colinas. En su fondo corría un arroyuelo que desembocaba en el río Alfeo cuyas islas cubiertas de tilos se describían en la llanura á lo lejos. El tronco de un añejo sauce derruido por el tiempo servía de panto al pequeño arroyo, puente sin otras barandillas que las altas cañas que se elevaban á su derecha y á su izquierda; pero el arroyo, muy madre estaba erizada de rocas, se podía pasar tan fácilmente y aquel puente servía tan poco que se hallaba cubierto casi del todo de altas yerbas y de flores silvestres con corolas blancas.

«A alguna distancia de este puente estaba la habitación de Tirteo. Era una casita cubierta de hálago, construida sobre una pradera. Dos alamos la daban su sombra por el poniente, y por el mediodía una viña rodeaba sus ventanillas con sus tornasolados racimos y sus pampanos ya colorados de fuego. Una vieja yedra la guarnecía por el norte, y cubria con su eterna verdura una parte de la escalera que conducía por fuera al piso superior.

«En cuanto el ganado se acercó á la casa, se puso á balar, según su costumbre. Inmediatamente se vino bajar por la escalera una jóven que llevaba un jarro para ordeñar la leche. Su vestido era de lana blanca; sus cabellos castaños se hallaban levantados bajo un sombrero de corteza de tilo; llevaba brazos y piernas desnudos, y por calzado unas albarcas según el uso de las muchachas de la Arcadia. Al ver su talle se la habría tomado por una niña de Diana, y su jarro la asemeja á la mayada del arroyo, pero en su timidez se conocía que era una sencilla pastora. En cuanto vió á los extranjeros bajó los ojos y enrojeció.

«Tirteo la dijo:

— «Gineia, hija mia, apresúrate á ordeñar las cabras, y á disponernos algo que comer en tanto que yo caliento el agua para lavar los pies á los extranjeros que Júpiter nos envía.»

«Y entretanto suplicó á los extranjeros que descansaran al pie de la parra en un banco de césped. Gineia se arrojó sobre la parra, y ordenó á las cabras que habían hecho un corro en torno de ella; y cuando concluyó, llevó su ganado al aprisco que se hallaba á un estremo de la casa. Tirteo calentó el agua y lavó los pies á sus huéspedes, después de lo cual les dijo que entraran.

«Ya había llegado la noche; pero una lámpara colgada del techo y la llama de la lumbre, colocada en medio de la

habitación como era costumbre entre los griegos, alumbraba suficientemente el aposento. También se veían colgados de las paredes, flautas, zurrinos, cayados de pastor y moldes de hacer queso, y al mismo tiempo había en los basares cestas de frutas y jarritos de leche. Encima de la puerta de entrada había una pequeña estátua de barro de la buena Ceres, y en la del corral se veía la figura del dios Pan hecha de raíz de olivo.

«En cuanto entraron los viajeros, Gineia puso la mesa, y sacó berzas, panceillos de trigo, un jarro de vino, quequesones, huevos frescos á é higos blancos y de color de violeta. Acercó á la mesa cuatro taburetes de encina, cubrió el de su padre con una piel de lobo que él mismo había cazado, y en seguida subió al piso superior, de donde volvió con dos panes de ovejas, pero en tanto que los extendía sobre los taburetes de los extranjeros, echó llorar.

«Su padre la dijo:

— Querida hija; estaréis siempre inconsolable con la pérdida de vuestra madre, y no podréis jamas tocar á ninguna cosa de su uso sin derramar lágrimas!

«Gineia no respondió nada, pero se volvió hacia la pared y se enjugó los ojos. Tirteo hizo una plegaria y una libación á Júpiter hospitalario, y haciendo sentar á sus huéspedes, se pusieron todos á comer guardando un profundo silencio.

«Cuando estuvieron los manjares en la mesa, Tirteo dijo á los dos viajeros:

«Mis queridos huéspedes, si hubieseis entrado en casa de otro cualquier habitante de la Arcadia, ó si hubieseis pasado aquí algunos años antes, habraisido mejor recibidos; pero la mano de Júpiter me ha dado un duro golpe. Tenia en la colina próxima un jardín que me producía buenas legumbres y buenas frutas en todas estaciones; en el día se halla confundido con la selva. Ese valle solitario resona con el mugido de mis bueyes, por mañana y tarde no habrais oído en mi casa cantos de gozo y alegría. Alrededor de esa mesa se contaban tres muchachos y cuatro niñas. El mas jóven de mis hijos se halla ya en estado de guiar mis ganados; mi hija Gineia vestía á sus hermanitas y las servía de madre. Mi mujer laboriosa y jóven todavía alimentaba todo el año en mi casa la alegría, la paz y la abundancia; pero la pérdida de mi hijo mayor ha traído consigo la de casi toda mi familia. Gustábase, como á todos los jóvenes, el dar pruebas de su fuerza subiéndose encima de los mas altos árboles. Su madre que se asustaba mucho con tales ejercicios, le había suplicado repetidas veces que se abstuviera de hacerlos, y yo por mi parte le había predicho que iba á sucederle un día una desgracia. Ay! los dioses me han castigado realizando mis indiscretas predicciones. Un día de verano que mi hijo se hallaba en la selva cuidando los ganados con sus hermanos, el mas jóven de ellos tuvo gana de comer fruta de un cerezo de monte. Enseguida el mayor subió al árbol para cogerla, y cuando se halló en lo alto de la copa, distinguió á su madre por allí cerca, que por su parte, al verle, lanzó un grito y se desmayó. Al ver esto el arremetimiento se apoderó de mi pobre hijo y se cayó del árbol; su madre vuelta en sí con los gritos de los otros chicos, corrió hacia él: en vano trató de reanimarle en sus brazos, el infelizmente volviendo los ojos hacia ella, pronunció su nombre y el mio y espiró. El dolor llevó á mi esposa al sepulcro en pocos días. La mas tierna unión reinaba entre mis hijos, y todos querían á su madre con amor igual, por eso murieron todos unos tras otros de sentimiento. Cuánto trabajo me ha costado el conservar á esta!

«De este modo habló Tirteo, y a pesar de sus esfuerzos, sus ojos se inundaron de lágrimas. Cianea se arrojó al cuello de su padre y mezclando sus lágrimas con las suyas, le estrechaba en sus brazos sin poder hablar. Tirteo la dijo: «—Cianea, hija mía, mi único consuelo, cesa ya de afligirte. Pronto les volveremos a ver; están con los dioses. «Dijo; y la serenidad volvió a aparecer en su rostro y en el de su hija. Cianea echó vino con ademan sereno, en todas

las copas, y luego tomó un huso y una rueca con un copo de lana, se sentó al lado de su padre, y se puso a hilar mirándole y apoyándose en sus rodillas. «Sin embargo los dos extranjeros se desolaban en llanto...»

Los dos viajeros son Amasis y Cefas. Amasis ha nacido en Egipto: es joven, puro, ávido de saber, ardiente y se



En cuanto vió á los extranjeros bajó los ojos y enrojeció.—Escena de la Arcadia.—Dibujo de T. JOHANNOT.

hallaba dotado de todas las nobles aspiraciones hacia el bien. Su padre le confió á Cefas, nacido en las Galias, hombre de mucha experiencia, y que habria tenido en el poema un papel casi semejante al de Mentor, si se exceptúa la divinidad.

A ruegos del pastor de la Arcadia, Amasis cuenta sus viajes hechos bajo la direccion de Cefas, su llegada á las Galias, su cautiverio entre esos pueblos, y su redencion. La critica hallaria sin duda algo que decir de esos estudios un poco arbitrarios de la vida de los galos, pero se encuentran en esas páginas admirables descripciones, sentimientos notables y en su conjunto la idea principal del autor, es decir el cuadro de lo que debe ser una raza cuyas toscas costumbres y espíritu feroz no se han dificultado aun con el progreso de la esperiencia y ese desarrollo natural de la inteligencia que no pueden ser mas que uno de los beneficios de la paz.

Aquellos que estiman las letras sentirán eternamente que Bernardin de Saint-Pierre no haya pintado mas que una pequeña parte de su gran cuadro; y aun acaso no solo los amigos de la poesia y del arte tendrán ese sentimiento: quien puede medir toda la influencia de las obras del arte inspiradas por la virtud, sobre la moralidad y la dicha de los pueblos!

TANCREDO.

Fué Tancredo siciliano por parte de su padre el marqués Odon, y normando por parte de Emma, su madre, hermana del famoso Roberto Guiscardo. De cuantos escritores hablan de Tancredo, ninguno ha fijado la época de su nacimiento, ni dado noticias acerca de su juventud Raoul de Caen, su historiador y compañero su las cruzadas, se espresa del modo siguiente: «Ni las riquezas de su padre le inclinaron á la voluptuosidad y á la pereza, ni el poder de sus padres le infundieron orgullo. Ya desde su adolescencia llevaba gran ventaja á sus iguales en el diestro manejo de las armas, y á los ancianos en la gravedad de costumbres, dando á unos y otros frecuentes ejemplos de virtud. Desde esta época, constante observador de los divinos preceptos, aplicábase con mucho esmero á retener cuanto le enseñaban, poniendo luego en practica las lecciones, tanto á lo ménos, cuanto se lo permitían las costumbres de sus contemporáneos. Solo la ambición de gloria turbaba su ánimo, aunque joven, al paso que por otra parte su misma prudencia turbaba su espíritu, presentándole aquellas luchas entre caballeros como contrarias á los preceptos de Dios. Pero así que el pontífice Urbano aseguró la remision de todos los pecados á todo cristiano que fuese á hacer guerra á los infie-

les, despertóse el valor en el corazon de Tancredo, cobró nuevos bríos, abriéronse mas sus ojos, y aumentó su ardor guerrero. Habiendo, pues, tomado sus disposiciones para la partida, se puso en breve cuanto necesitaba; reuniendo bastante número de armas, caballos y caballeros con las provisiones indispensables.»

Partió Tancredo para la Palestina el año de 4096 en compañía de su primo Bohemundo. Habiendo llegado el ejército siciliano al río Vardari acampó por algunos dias en sus orillas. La rapidez de la corriente se oponia á su paso, y por otra parte la opuesta ribera estaba cubierta de enemigos, que atemorizaban á los cruzados; pero Tancredo viendo que vacilaban atraviesa el río con un escaso número de los suyos. Apenas puso el pié en la orilla que ya se vió cercado de una muchedumbre de griegos; sin embargo nada le intimidó, ábrese paso con la espada y siembra la muerte en derredor, sin que nadie ose acercársele. Animados con el ejemplo de Tancredo, ya no vacilaron los soldados de Bohemundo antes en un instante pasaron todos el río á nado, quedando solo seiscientos peregrinos inermes, ancianos ó enfermos cuya debilidad los ponía en la imposibilidad de combatir. Los griegos hicieron gran carnicería en estos desventurados, pero al saberlo Tancredo vuelve á pasar el río con dos mil hombres, y hace horribles estragos entre aquellos crueles enemigos, vengando así la muerte de los indefensos ancianos y mujeres, y yendo en seguida á situarse en la vanguardia del ejército.

Dirijéronse los cruzados hacia Nicea, y en breve asediaron esta antigua ciudad, tan célebre en los primeros siglos del cristianismo. El conde Raimundo de San Gil colocó sus tiendas delante de la puerta oriental; las tropas turcas bajaban por la opuesta pendiente de la vecina montaña á fin de introducirse por dicha puerta y socorrer á los sitiados: al momento se levanta un grito jeneral; el conde corre el primero al enemigo seguido de otros varios jefes; Tancredo que se hallaba algo distante, llega á todo escape. La lucha permanecia dudosa todavia, cuando Tancredo, con un furioso golpe de su tizona, corta la cabeza á un capitán turco, con lo que se aumenta el ardimiento en los cruzados. Los infieles se apresuran á ganar de nuevo las montañas, perseguidos por los cristianos, quienes hacen resonar el campo con el nombre y alabanzas de Tancredo. Despues de la toma de Nicea, el ejército de los cruzados prosiguió su marcha, y tuvo que sostener contra los turcos una refriega en que Tancredo perdió á su hermano Guillermo, corriendo el tambien graves peligros.

Pero donde se manifestó completamente el valor de Tancredo fué en el memorable sitio de Antioquia: en él interceptaba todos los caminos, en términos que ningún habitante se atreva á salir del recinto de la ciudad. Con todo, alguna vez los sitiados hacian sorpresas á los cristianos. A fin de prevenir estos imprevistos ataques, fué Tancredo á ponerse en emboscada en un paraje por donde solian pasar los enemigos. «Los infieles, escribe Raoul de Caen, como tuviesen de ello noticia, no sé de qué manera, el primer dia solo enviaron allá un reducido número de jente que se mantuvo á corta distancia. Habiéndolos divisado los nuestros, se escondieron, pero no se acercó el enemigo, conque no pudo escarmentársele. Al dia siguiente salieron los turcos en mayor número y se acercaron mas al sitio donde Tancredo se hallaba en emboscada, pues estaban mas confiados por lo sucedido el dia anterior. A duras penas pudo Tancredo contener á sus soldados: «Aguardad, deciales, aguardad aun otro dia, valientes míos, pues á no engañarme, mañana

caerá mas rica presa en nuestros lazos.» Y en efecto, a tercer dia salieron los turcos en mucho mayor número, y pasaron mas allá del sitio donde estaban apostados los francos. Entónces Tancredo, rompiendo las barreras se arroja en medio del enemigo, y dá muerte á setecientos: al obispo de Puy le envió setenta cabezas de turcos como diezmo de la victoria. Cierto dia, como Tancredo saliese acompañado unicamente de su escudero, asaltáronles tres árabes, pero los dejó muertos y traspasados de parte á parte: siendo lo mas particular que terminada la lucha hizo jurar á su escudero que guardaria silencio sobre esta hazaña.» Raoul halla inesplicable tanta modestia y la compara á los mas grandes hechos de la antigüedad.

Rindióse Antioquia á los cruzados en junio de 4098. Durante la primavera del año siguiente determinaron los jefes cruzados marchar contra Jerusalem; y los cristianos de esta santa ciudad fueron á su encuentro demandando socorro. Partió Tancredo con trescientos hombres en medio de la noche, y plantó la bandera de los francos en Belen, patria de Jesucristo. Fué igualmente uno de los primeros que entraron en Jerusalem, y aposeñóse de la mezquita de Omar, siendo de tanta consideracion el botín que sacó de allí, que empleó dos dias enteros en trasladarlo á otro punto. Entre estas riquezas contábanse setenta lámparas, las veinte de oro y las cincuenta restantes de plata. No dejó la envidia de asestar sus ponzoñosos tiros contra Tancredo: el ministro Arnould, llamado guarda del templo, acusóle de robo ante el consejo de los príncipes y le obligaron á dar al templo setecientos marcos de plata, lo que ejecutó sin vacilar. En la batalla de Ascalon, en que los cruzados derrotaron completamente á las fuerzas egipcias, mandaba Tancredo el ala izquierda. Despues de esta victoria la mayor parte de los jefes cruzados tomaron de nuevo el camino del Occidente; pero Tancredo permaneció al lado de Godofredo, quien le dió el principado de Tiberiada.

Muerto Godofredo, quiso Tancredo hacer elegir rey de Jerusalem á su primo Bohemundo; mas saliósele mal sus tentativas, pues Valdivino hermano de Godofredo, fué reconocido por legitimo sucesor. Siendo este rey de Jerusalem, citó varias veces á Tancredo para que fuese á darle cuenta de su conducta, y á saludarle como á su dueño y señor; pero Tancredo vaciló mucho tiempo, hasta que acabó pidiendo al rey una entrevista, y en ella al fin se resolvió á rendirle homenaje, sin renunciar al principado que le diera Godofredo. Toda la vida de Tancredo se compone de una serie no interrumpida de hazañas y conquistas hechas á los turcos; pues hizose dueño sucesivamente de mas de veinte y cinco castillos ó plazas fuertes. Su última hazaña fué la toma del castillo de Vetulum, pues luego murió en Antioquia en 4142 dejando en el mundo la ilustre memoria de sus hechos y de la sabiduría de su gobierno, y á la iglesia, la de limosnas y demas obras pias. Estuvo casado con una hija natural de Felipe, rey de Francia. Dicen que hallándose en el lecho de muerte y teniendo delante á su esposa y á cierto joven llamado Ponce, hijo del conde de Tripoli, aconsejéles que se casasen luego que el hubiese fallecido, lo que así se verificó algun tiempo despues. Tal fué nuestro héroe segun las antiguas crónicas, quien por sus virtudes guerreras fué el modelo de los caballeros de su tiempo. Su carácter trazado por la historia en los términos referidos, no nos manifiesta el brillo poético y novelesco que le ha dado la epopeya. En vano buscamos en sus hechos históricos algo que se asemeje á los amores de Clorinda, de que hace una pintura tan seductora el Tasso en su *Jerusalem libertada*.

LA CIUDAD DE LONDRES.

Lo que se llama en Londres la *Cité* es una especie de pequeño reino aparte, con una administración, una justicia, una policía y unas costumbres muy distintas a la demás de Londres.

La parte de Londres llamada la *Cité* forma una especie de llanura que empieza en la conclusión del *Strand*, en la puerta llamada *Temple bar* y se prolonga hasta la de las minorías. El otro límite de la *Cité* revindica a la posesión de toda la ribera del Támesis. A la izquierda, la *Cité* se extiende desde *Holborn* hasta *Prinse spital*. La iglesia de San Pablo se encuentra en el centro del antiguo Londres.

Tal como esta hoy, Londres tiene de extensión diez veces lo que era antiguamente. En su longitud de OE. a E. cuenta 42 millas (mas de 5 leguas), y en el otro sentido, esto es, de S. a N., desde *Stokwell* hasta *Hollo way*, 6 millas (dos leguas y media).

Las construcciones que no cesan de hacerse en los alrededores de Londres, harán de esta capital, si no se detiene el afán de construir, una ciudad que excederá a todo lo que nos recuerda la historia de mar maravilloso. En efecto, la especulación destruye de día en día sin compasión bellos parques, jardines deliciosos, campos fértiles en que la vejección es admirable, de modo que todos los años se aglomeran otras nuevas poblaciones a las que ya se han confundido con la antigua ciudad.

En cuanto al viejo Londres, es decir, a esta *Cité* que no es mas que una fracción mínima de un todo gigante, no consta mas que de 120,000 habitantes, mientras la población entera de Londres asciende a dos millones y doscientas mil almas, sin contar los 100,000 provincianos y extranjeros que la visitan cotidianamente. Entretanto esta *Cité*, escusivamente orgullosa porque se encuentra muy rica, se considera como un pequeño estado que, encerrado en otro mayor, conserva entre sus muros sus leyes, sus usos y sus costumbres. La *Cité* no quiere someterse a las leyes generales que rigen, no solo a la gran ciudad de que forma parte, sino a todas las demás provincias del reino. La *Cité* no quiere marchar con el tiempo; desea quedar estacionaria, y se espera cuando se tienda a variar sus instituciones, aunque sea para cambiarlas, de informes y defectuosas que son todavía, en ilustradas y completas.

La *Cité* se gobierna y administra por una corporación municipal compuesta de un *corregidor*, varios *regidores*, *sche-riffs*, de un *recorder* y un *common counal* (consejo municipal).

El *corregidor* se nombra entre los regidores; su nombramiento se hace por elección, y el ejercicio de sus funciones no dura mas que un año.

Los regidores se nombran a perpetuidad; cada uno de ellos se elige en el *ward* (cuartel), donde está establecido como comerciante; y si no ejerce ocupacion en la *Cité* se nombra en el *ward* en que se encuentra la corporación a que esté agregado.

Los *sheriffs*, que son dos solamente, se eligen como los regidores; este es uno de los privilegios que ha conservado la *Cité*, pues los *sheriffs* se nombran en todas las demás partes del reino, por la reina.

Los *sheriffs* no se eligen mas que por un año. El *recorder* es un oficial de la *Cité* cuyas atribuciones son difíciles de explicar, pues tan pronto preside las causas de tribunales de primera instancia, como sirve en el tribu-

nal criminal de *Old-Bailey* para cumplir con cargos idénticos a los del ministerio público en Francia.

El *recorder* por lo tanto se elige entre los abogados de nota. El *corregidor*, los *aldermen* y el consejo municipal son los que eligen al *recorder*.

Su sueldo es el de 3,500 libras esterlinas (87,500 francos).

El *town Council* (consejo municipal) se compone de 27 miembros elegibles. Cada *ward* tiene en el Consejo su representante.

Las elecciones se hacen en la *Cité* en la gran sala *Guildhall*. Son electores todos los individuos de la *Cité* que aparecen en la lista de *freemen* (hombres libres). Para ser *freemen* es preciso tener tienda abierta, ó bien ocupar casas, almacenes, astilleros etc. etc., y pagar mas de 10 libras esterlinas (250 francos) de contribucion.

En virtud de las antiguas costumbres de la *Cité* no se admiten mas que *freemen* para ajustes de cambio, corredores, etc. etc.; y esto consiste en que para ser declarado *freemen* es necesario pagar cierta suma en la caja municipal.

Las *libertes* y *franchises* se confían a la guarda de las diversas autoridades abajo designadas.

La primera autoridad el *lord-maire*, tiene el sueldo de 8000 libras esterlinas (200,000 francos).

Los *sheriffs* son generalmente comerciantes ricos que merecen una gran confianza de sus conciudadanos; por lo demas no pueden ejercer esta dignidad de ciudadanía sin entregar 600 libras esterlinas (15,000 francos) en la caja municipal. Los costes de equipajes y las fiestas que como el *lord-maire* se ven precisados a dar les cuestan unos 400,000 francos lo menos, por los doce meses que están investidos de estas funciones.

Los *aldermen* se escogen por las notabilidades comerciales de la *Cité*. Como ellos son la base en que se fundan para perpetuar la dinastía anual de *Mansion-house*, es indispensable que los *aldermen* sean hombres opulentos.

A pesar de las reformas que el Parlamento ha hecho y continúa haciendo en materia de legislación y organización judicial, los magistrados de Londres se oponen a que se introduzca en la *Cité* las mejoras que se desprendan de la legislación en general, y siempre repiten el derecho de que se gobierne aquella a su gusto en virtud de sus antiguos privilegios y prerrogativas, no escritas en ningún edicto ni estatuto, pero que están sin duda consagradas por el tiempo. Guillermo el conquistador, sin entrar en ningún detalle, se atrevió a prometer a la *Cité* que nadie atentaría a variar sus usos y costumbres. La primera de estas ventajas es, a los ojos de los magistrados, la de no someterse a las leyes generales, de modo que *Mansion-house* está acostumbrada a protestar contra todo bill, presentado al Parlamento, que pueda por su generalidad ser aplicado.

Así cuando se establecieron los *County courts*, el Parlamento tuvo, en vista de las reclamaciones de la *Cité*, que exceptuar de la aplicación de la ley a aquella pequeña porción del territorio, y se hizo un acta especial para reformar un número de pequeños tribunales que administraban justicia confusamente en los diversos cuarteles ó barrios de que la *Cité* se compone.

El egoísmo de la *Cité* ha llegado hasta el extremo de manifestar una resistencia obstinadísima a la voluntad del Parlamento de una medida de salubridad pública, como era la supresion de los cementerios intramuros. Esta vez el Parlamento se ha hecho obedecer al fin.

Los tribunales existentes en la *Cité* se llaman *Lord Maire*

court (tribunal del corregidor), y *Sheriff court* (tribunal del sheriff).

La corte de *lord-maire* es un tribunal de policía con las atribuciones de los de su especie.

La corte del *sheriff* es para la *Cité* la *County court* ó el tribunal de primera instancia.

El tribunal del *lord-maire* está en *Mansion-house*, y el del *sheriff* en *Guildhall*, presidido siempre por el *recorder*.

También hay en *Guildhall* un tribunal de policía, y cuyo jefe es uno de los *sheriffs*. Este tribunal es para la mitad de la *Cité* lo que el del *lord-maire* para la otra mitad.

Aunque la corte del *lord-maire* parece no ser mas que un tribunal de policía, reúne las funciones de tribunal de comercio y tribunal civil. Si un comerciante se queja de la mala fé de otro respecto a la calidad de las mercancías; si un tuno bajo un falso pretexto ó impunemente toma el nombre de otro para maniobras fraudulentas; si un tendero, un fabricante ó un agente no se conducen con fidelidad, el tribunal de *Mansion-house* actúa inmediatamente sobre el asunto, y si encuentra delito envía al culpable a ser juzgado por los tribunales. En este caso estendiendo una orden de prisión etc. etc.

También tiene la *Cité* una atribucion civil de una importancia incalculable que el tribunal del *lord-maire* y el del *sheriff* se abrogan. Esta es la de embargar previamente los bienes de un individuo, que sostenga un pleito de intereses, bajo la responsabilidad de la otra parte. Este se llama *attachment*. Si es dinero se impone en los Bancos, y para las mercancías ó efectos hay un local ó depósito donde se encuentran telas, efectos y á veces hasta cargamentos enteros.

Este acto de precaucion ha sido causa de pérdidas enormes, por lo que los procesos que se siguen no encuentran su pronta solución ante los tribunales superiores ó en la corte de la Cancillería.

Pero este es uno de esos usos de la *Cité* al que, sin estar escrito en ningún bando de orden, es preciso someterse, así como los oficiales y la fuerza pública se someten a las órdenes de la autoridad de quien dependen.

Como se ve, no es indispensable la plaza del *lord-maire*, pues sus adjuntos le suplen en sus funciones judiciales y en las administrativas; y es que *lord-maire* es mas bien un jefe del palacio de su pequeño reino. Poco importa que exista una reina de la Gran Bretaña, poco importa que esta reina tenga ministros y administraciones centrales; la *Cité* no tiene que ver ni con el gobierno ni con las leyes generales de Inglaterra. La *Cité* se administra a su capricho, y el jefe de su ayuntamiento es el rey, el ministro y el administrador de su semi-distrito y semi-nación.

En la *Cité* es donde la corte de *Old-Bailey* tiene sus sesiones, é independientemente sus juicios separados de las cortes de *Westminster*, donde sus jueces son el *lord-maire*, los *aldermen* y los *sheriffs*. Estos señores no dan por cierto á sus determinaciones la forma de los debates, dejando á los jueces ex-profesione las sentencias de prisión. La magistratura es allí puramente un nombre. La *Cité* se empeña en conservar sus usos, y el Parlamento, aunque organice la corte central criminal, mantiene en la municipalidad de la *Cité* el derecho de separarse de la verdadera judicatura.

El *recorder* hace en la primera sesion del tribunal criminal, un discurso á los Jurados para explicarles los crímenes y delitos de que se compone la lista de los negocios que hay que ventilar, y señala la mayor ó menor gravedad de ellos. Pero aunque el *recorder* limita en esto al ministerio público

en Francia, no hace requisitoria, y no toma la palabra después de los debates para dar sus conclusiones.

Se puede juzgar por todo lo que precede cuál es la antigüedad ó fecha vetusta de los usos y costumbres de la *Cité*, que se guardan y conservan á pesar de algun contra-sentido que se desprende, comparándolos con la marcha de los siglos.

Esto es aun mas raro por suceder en esa gran parte mas visitada de Europa, que guarda esos usos burlescos, nacidos en las antiguas rivalidades de la plebe y la nobleza como prueba visible de lo que eran los tiempos del feudalismo.

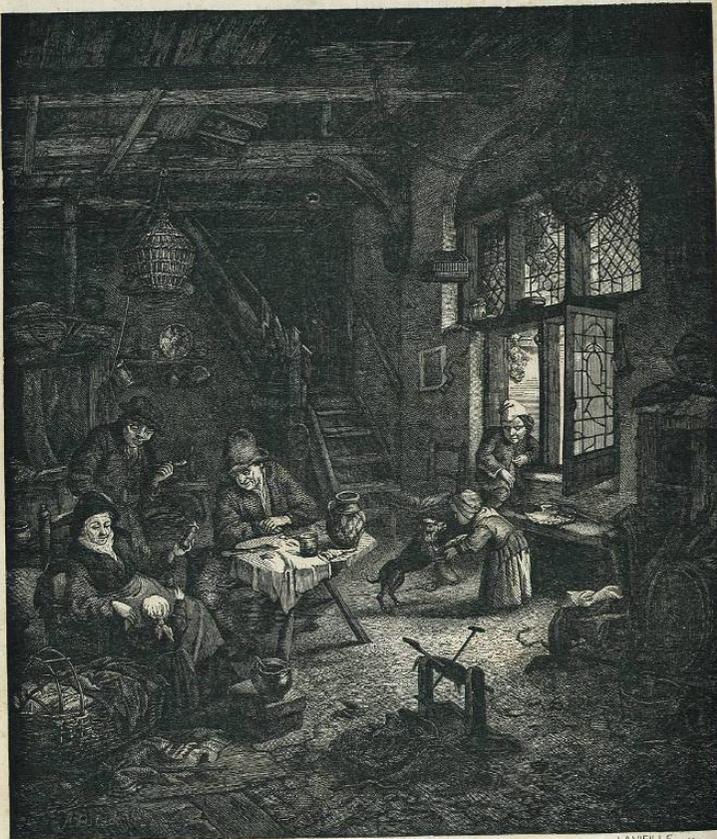
Así es que el día de la toma de posesion de *lord-maire*, al ver su cortejo se creeria cualquiera presenciando una cabalgata de carnaval por la variedad de trages, tanto de los magistrados municipales como de las corporaciones de artesanos y el equipo de los hombres de armas que figuran en esta procesion teatral, que se verifica en el centro de la ciudad, donde de todas partes del globo acuden presurosos los comerciantes, los sabios, los poetas y los artistas.

ADRIANO VAN OSTADE. (4)

Dos veces hemos hablado ya de Van Ostade, ese famoso pintor de la escuela holandesa. Hoy añadiremos solo algunas palabras. No se sabe si Van Ostade tomó lecciones de Rembrandt, pero lo cierto es que ha experimentado la influencia de ese gran maestro, y se ha inspirado de su claro-oscuro, sobre todo cuando ha pintado interiores. En los cuadros de Rembrandt la luz tiene algo de dramático; sus sombras son imponentes; terribles y parecen hallarse habitadas por fantasmas. Cuando arroja un fantástico rayo en la oscura morada de un solitario habla á nuestra imaginación con la union poética y misteriosa que hace de la noche y del día. El sencillito Van Ostade no se eleva hasta la concepción de esos poemas de la luz, pero imita á Rembrandt en esas claridades amortiguadas y perdidas poco á poco, en esos toques que prestan transparencia á las sombras, que interesan la vista y cautivan al mismo pensamiento. Únicamente, ese rayo introducido en las cabañas del pobre no iluminan por lo regular mas que asuntos y objetos de los mas triviales. La heroica luz de Rembrandt no cae en los cuadros de Van Ostade mas que sobre las cosas mas prosaicas; y sin embargo, debemos añadir que presta un gran interés a los humildes personajes que representa. La *Familia rústica*, es una prueba evidente de lo que decimos. En ese cuadro, en tanto que los chicos juegan con el perro de su casa, la hermanita mas pequeña que está á los pies de su madre tiende sus manos á un juguete que le hacen desear. El padre y el mayor de la familia, contemplaban esa sencilla accion con mucho contento y alegría; esta es toda la intriga de la *Familia rústica*. Pero aun esta misma sencillez está llena de encanto. La luz no quiere apartarse de esa choza sin recorrer sus innumerables detalles, sin contar los utensilios dispersos en el mas pintoresco de todos los desórdenes. Se miran con interés la cuna de mimbres de donde acaba de salir el niño; la mesa media puesta en donde se distingue el jarro tradicional, cruzado con archedas rayas azules; aquí el torno de la abuela; allá, en el marco de la ventana, la jaula de los canarios; en los basares algunos malos platos; mas alto colgados de las vigas de un techo medio destruido, el cesto lleno de paja donde se llevan las ga-

linas al mercado; y por último, algunas ropas secándose en las rejas ó en las barandillas de la escalera de madera que conduce al granero, sin olvidar la barrica de cerveza que en-

cierra las provisiones de la familia, ni la estampa pegada á la pared que supone que la idea del arte no está ausente de esa choza miserable. Pues bien; mas que ninguna cosa el



L. MARIV. del.

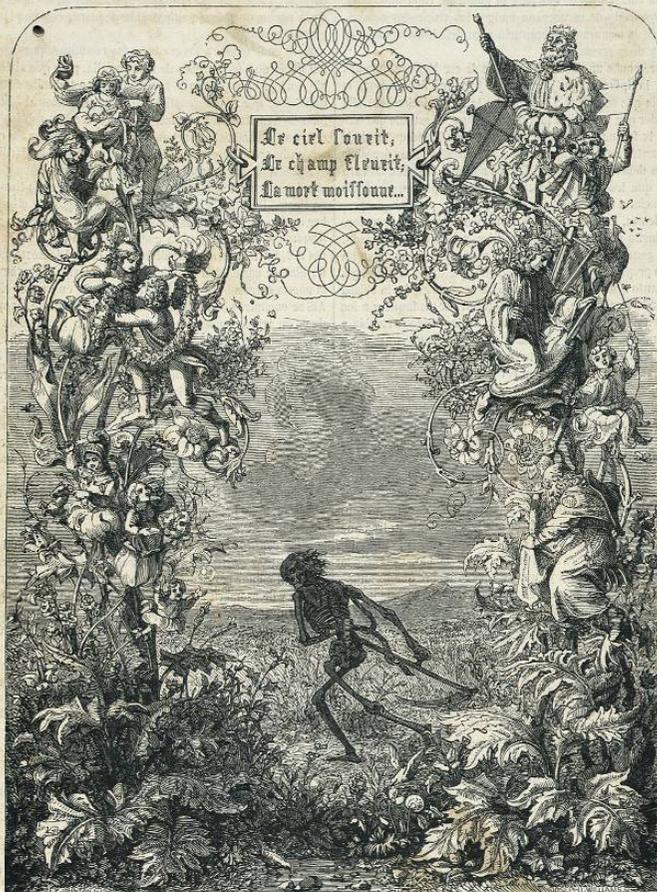
LAVIELLE. fec.

VAN OSTADE. — La familia rústica.

claro-oscuro es lo que da á esa humilde escena su principal valor. La luz entra bastante bien por las anchas ventanas, pero es una luz dulce, caliente y agradable, que deja en la sombra una gran parte del cuadro y cae únicamente en los objetos principales. Desde la ventana hasta la cuna, el rayo de

luz encuentra en el camino á todos los personajes, comprendido el perro que forma parte también de la familia; cada uno de ellos se destaca sobre su fondo, vigoroso ó claro. Despues, vienen los detalles de los muebles que la luz pone en relieve segun la importancia que el autor quiso darles.

EL TRABAJADOR ETERNO.



Dibajo de JOHNSON, copiado de NEUBAUER.

En tanto que el cielo ostenta su mas dulce brillo, que los campos florecen y murmuran las aguas, un trabajador sombrío é insensible continúa recorriendo el mundo y recoje su cosecha sin tregua ni descanso.

Ese trabajador el pintor le ha puesto bajo la repugnante forma que le da la superstición popular. El verdadero genio cristiano le habria representado bajo la de un gracioso fan-

tasma de tristes y lánguidos ojos que arranca al hombre de la tierra señalándole el cielo.

Pero aceptemos la imágen que se nos ofrece; atrevámonos á mirar de frente á ese irónico esqueleto cuya guadaña se complace en cortar de raíz las flores que acaban de nacer.

Esas flores, no pudo impedir que se coloreasen con el calor de la mañana, que bebiesen durante algunas horas el rocío,

y que exhalaban al aire sus ricos perfumes. Lo mismo sucede con la vida; antes de que pase la guadafia, cada uno recoje el rayo caído de un corazon amigo, las vivificadoras lagrimas de la ternura ó del consuelo y los deliciosos aromas del arte y de la poesia!

Parémonos un poco en el cuadro de ese lúgubre segador. Aquí la infancia que juguetea, la juventud buscándose, la familia que se forma y se une en la alegre intimidad; allí el poder que manda, la gloria que seduce, el estudio que medita, la fe que concluye su peregrinación. Dejad que trabaje la muerte, hasta tanto que no hayais perdido esos derechos y esos deberes de la vida. Dios os ha dado bastante dulzura para que los améis, y bastante amargura para que podáis renunciar á ellos cuando llegue el caso, sin pena ninguna.

Ademas, ese supuesto segador no es otro que el jornalero del dueño soberano; siega para Dios, pero sin llevarse nada! Esas generaciones caídas bajo su paso, no son mas que un lecho preparado para las generaciones que deben venir luego. En tanto que el cielo vuelve á hacerse cargo de la chispa confiada á cada uno, la corteza terrestre se confunde con los elementos. Nada muere en la obra divina, todo se cambia y se renueva. El simulacro humano no es mas que una de las pasajeras formas de la materia impeccedera, en tanto que las leyes del mundo no sean revocadas.

Dejad pues al cielo que se sonría, y sonreios con él, pues en sus brisas, en sus luces y en sus perfumes revolotea cuanto la muerte ha creído destruir; dejad que florezcan los campos, pues en sus flores se esparce la vida que animaba antes á una imagen mortal.

Y cuantas veces el capricho del artista os presente como ahora ese amenazador esqueleto, miradle, no para espantaros del sublime misterio de las transformaciones que llamamos *muerle*; sino para pensar que tenemos en nosotros una personalidad de que debéis cuenta á Dios, que os la ha dado, y á los hombres para quienes la habeis recibido. Entonces la muerte no os parecerá ya una amenaza fúnebre que os anuncie el fin de los placeres, sino una seria advertencia que os recuerde la continuidad de las obligaciones.

EL LEPROSO

DE LA CIUDAD DE AOSTO.

La parte meridional de la ciudad de Aosto se halla casi desierta y parece no haber estado nunca muy habitada. Se ven campos labrados y praderas que terminan por un lado en las antiguas fortificaciones que levantaron los romanos para que la sirvieran de recinto, y del otro por las paredes de algunos jardines. Ese terreno solitario puede interesar sin embargo á los viajeros. Junto á la puerta de la ciudad, se ven las ruinas de un antiguo palacio en el cual, si hemos de creer la tradicion popular, el conde René de Chalons, impulsado por los furios de los celos, mató de hambre en el siglo XV á su esposa la princesa Maria de Braganza; de ahí el nombre de *Bramafan* (que significa *grito del hambre*) que han dado á ese palacio las gentes del país. Esta *anécdota*, cuya autenticidad podría contestarse, hace esas ruinas interesantes para las personas sensibles que la creen verdadera.

Mas lejos, á algunos centenares de pasos, hay una torre cuadrada, pegada al antiguo muro y construida con el mármol de que este se hallaba revestido: la llaman la *torre del Miedo* porque el pueblo la ha creído durante mu-

cho tiempo habitada por los espectros. Las viejas se acuerdan muy bien de haber visto salir del castillo en las tinieblas de la noche, una muger alta vestida de blanco con una lampara en la mano.

Hace unos quince años esa torre fue reedificada por orden del gobierno y fué rodeada de una muralla, para que viviera allí un leproso separado de la sociedad, con todas las comodidades de que era susceptible su triste situación. El hospital de San Mauricio se encargó de proveer á su subsistencia, y se le suministraron tambien algunos muebles así como los instrumentos necesarios para el cultivo de un jardín.

Allí vivía hacia mucho tiempo entregado á sí mismo y no viendo nunca á nadie, excepto al sacerdote que de tiempo en tiempo iba á llevarle los socorros de la religion, y el hombre que le llevaba todas las semanas sus provisiones del hospital. — Mientras duró la guerra de los Alpes, en el año del 1797, un militar que se hallaba en la ciudad de Aosto pasó un día por casualidad junto al jardín del leproso, y viendo la puerta entreabierta tuvo la curiosidad de entrar por ella. Allí se encontró con un hombre vestido simplemente, apoyado en un árbol y sumergido en una profunda meditacion. Al ruido que hizo el oficial cuando entraba, el solitario, sin volverse y sin mirarle exclamó con una voz triste: *Quién está ahí y qué me quieren?* Perdonad á un forastero, respondió el militar, que seducido por el agradable aspecto de ese jardín ha cometido quizá una indiscrecion, pero que no quiere de ningún modo incomodaros. *No os acerqueis á mí*, respondió el habitante de la torre haciéndole una seña con la mano; *no os acerqueis; soy un desgraciado leproso*.

Sea cual quiera vuestro infortunio, replicó el viajero, no me marcharé de aquí; nunca he huído de la desgracia; pero sin embargo, si mi presencia os importuna, estoy pronto á retirarme.

Dien venido seats, dijo entonces el leproso volviéndose de repente, y *quedáos si os atreceis, despues de haberme visto*. El militar permaneció algun tiempo inmóvil de admiracion y de asombro al aspecto de ese infortunado, desfigurado enteramente por la lepra. Me quedaria con mucho gusto, le dijo, si gustaseis de la visita de un hombre conducido aquí por el acaso y lleno ahora de un vivo interés.

EL LEPROSO.

Interés!... Nunca he escitado mas que lástima.

EL MILITAR.

Muy feliz me consideraria si pudiera ofreceros algun consuelo.

EL LEPROSO.

Ya lo es mucho para mí el ver un hombre, y el oír el sonido de la voz humana que siempre huye de mí.

EL MILITAR.

Permitidme conversar con vos algunos momentos y recorrer vuestra morada.

EL LEPROSO.

Con mucho gusto, si en ello encontráis algun agrado. (Al decir estas palabras, el leproso se cubrió con un ancho fiel-

EL MILITAR.

Admiro mucho la soledad y sosiego de este retiro. Se está en una ciudad y se creería estar en un desierto.

EL LEPROSO.

No está siempre la soledad en medio de las selvas y de las rocas: el desdichado siempre está solo por todas partes.

EL MILITAR.

Cuales son los acontecimientos que os han traído aquí? Estáis en vuestra patria?

EL LEPROSO.

He nacido á orillas de la mar en el principado de Oneille y vivo aquí desde hace quince años. En cuanto á mi historia se reduce á una larga y uniforme calamidad.

EL MILITAR.

Siempre habeis vivido solo?

EL LEPROSO.

Perdí á mis padres en mi infancia sin haberlos conocido; una hermana que me quedaba ha muerto hace dos años y jamás he tenido un amigo.

EL MILITAR.

Desgraciado!

EL LEPROSO.

Tales son los designios de Dios.

EL MILITAR.

Cómo os llamais?

EL LEPROSO.

Ah! Mi nombre es temible: me llamo *el Leproso!* En el mundo se ignora mi apellido y el nombre que me dió la religion el día de mi nacimiento. Soy *el Leproso*; hé ahí el único título que tengo á la benevolencia de los hombres. Ojalá ignoren que soy eternamente quien soy.

EL MILITAR.

Y esa hermana que habeis perdido, vivía en vuestra compañía?

EL LEPROSO.

Ha vivido por espacio de cinco años en esta habitacion que estais viendo aquí. Desgraciada como yo, participaba de mis penas, y yo trataba de dulcificar las suyas.

EL MILITAR.

Y qué clase de ocupaciones podeis tener en una soledad tan profunda?

EL LEPROSO.

La relacion de las ocupaciones de un solitario como yo, seria muy monótona para un hombre de mundo que encuentra su felicidad en la actividad de la vida social.

tro cuyas alas caídas le ocultaban el rostro.) Pasad, añadió, hacia el lado del mediodía, donde cultivo un jardín en que hay bonitas flores. Me he procurado las simientes de todas las que hacen en los Alpes, y he tratado de mejorarlas y de embellecerlas por el cultivo.

EL MILITAR.

En efecto veo flores cuyo aspecto es totalmente nuevo para mí.

EL LEPROSO.

Ved esos ramos de rosas; son los rosales sin espinas que no crecen sino en las alturas de los Alpes, pero ya van perdiendo esa propiedad, á medida que se multiplican con el cultivo.

EL MILITAR.

Podrian pasar por el emblema de la ingratitude.

EL LEPROSO.

Podeis tomar las flores que más os gusten sin peligro ninguno. Las he sembrado, y tengo el placer de regarlas y de verlas, pero sin tocarlas jamás.

EL MILITAR.

Y por qué?

EL LEPROSO.

Porque temeria infestarias, y entonces nunca me atreveria á ofreceroslas.

EL MILITAR.

Pues para quien son?

EL LEPROSO.

Las personas que me traen mis provisiones del hospital hacen ramilletes y se las llevan. Tambien algunas veces se presentan los chicos del pueblo á la puerta de mi jardín, y yo me subo al instante á la torre por miedo de asustarlos; les veo juguetear desde mi ventana y tambien les veo llevarse algunas flores. Cuando se marchan alzan los ojos hacia mí, y me dicen riendo: *Buenos dias, leproso*, lo cual me regocija un poco.

EL MILITAR.

Habeis sabido reunir aquí plantas bien distintas: allí veo parras y árboles frutales de muchas especies.

EL LEPROSO.

Los árboles son tiernos todavia: yo mismo los planté, lo mismo que esa parrá que he hecho subir hasta por encima del muro antiguo que se ve allí, y bajo cuya sombra me paseo; ese es mi puesto favorito... Subid por esas piedras; es una escalera hecha por mí; agarráos al muro.

EL MILITAR.

Oh! Qué bonito es esto! Parece hecho de intento para las meditaciones de un solitario.

EL LEPROSO.

Si, veo desde aquí los campos con los labradores; veo todo lo que pasa en la pradera sin que me vean á mí.

EL MILITAR.

Poco conocéis ese mundo que nunca me ha dado la felicidad. Muchas veces vivo por gusto como un solitario, y quizá hay entre nuestras ideas mas analogía de la que pensáis; sin embargo, lo confieso, una soledad eterna me espanta; apenas puedo concebirla.

EL LEPROSO.

El que ama su casa, en ella encontrará la paz. La Imitación de Jesucristo nos lo enseña. Principio por conocer la verdad de esas consoladoras palabras, y luego el sentimiento de la soledad se dulcifica tambien por medio del trabajo. El hombre que trabaja no es nunca enteramente desgraciado. En el buen tiempo la jardinería me ocupa suficientemente, y en el invierno hago cestos y canastillos; trabajo para vestirme; me arreglo todos los días mi comida con las provisiones que me traen del hospital, y lleno con la oración las horas que el trabajo me deja libres. Por fin se acaba el año, habiéndome parecido bastante corto.

EL MILITAR.

Debería pareceros un siglo.

EL LEPROSO.

Los males y las pesadumbres hacen parecer largas las horas; pero los años se marchan siempre con la misma rapidez. Además, aun en los últimos límites del infortunio, siempre queda un goce que los hombres no pueden comprender, y que debe pareceros un poco extraño, y es el de existir y respirar. Paso días enteros cuando hace buen tiempo, inmóvil en esa muralla gozando del aire y de la hermosura de la naturaleza; entonces todas mis ideas son vagas é indecisas; mi corazón se vé inundado de una suave tristeza, tiendo mis miradas sobre esa campiña y sobre las rocas que nos rodean, y de este modo esos diferentes aspectos se graban de tal modo en mi memoria que forman, por decirlo así, parte de mi mismo, y cada sitio es un amigo á quien vuelvo á ver con un nuevo placer todos los días.

EL MILITAR.

Muchas veces he sentido tambien algo que se parece á eso. Cuando las pesadumbres me abaten demasiado y no hallo en el corazón de los hombres lo que el mio desea, el aspecto de la naturaleza y de las cosas inanimadas me consuela; tomo cariño á las rocas y á los árboles, y me parece que todos los seres de la creación son amigos que me ha enviado el cielo.

EL LEPROSO.

Me animáis á que os confie lo que por mí pasa. A mi me gustan verdaderamente los objetos que son, digámoslo así, mis compañeros de vida, y que estoy viendo á cada hora: por eso todas las noches antes de retirarme á la torre, vengo á despedirme de los ventisqueros de Ruitorts, de los sombríos bosques del monte de San Bernardo, y de los caprichosos picos que dominan el valle de Rhéme. Aunque el poder de Dios sea tan visible en la creación de una hormiga como en la del universo entero, el sublime espectáculo de las montañas hace mayor impresión en mis sentidos: no puedo ver esas masas enormes cubiertas de nieves eternas

sin experimentar un religioso asombro; tengo mis sitios favoritos que prefiero á todos los demas, como aquella hermita que veis allá arriba en la cúspide de la montaña de Charvensod. Aislada en medio de los bosques, inmediata á un campo desierto recibe los últimos rayos del sol en el ocaso; aunque nunca haya estado en ella, os aseguro que me causa su vista un placer singular. Cuando cae la tarde, sentado en mi jardín fijo mis miradas en esa hermita solitaria, y al punto se calma mi imaginación, se me figura como una propiedad mia, y aun me parece que una especie de confusa reminiscencia me da á entender que he vivido allí en días mas dichosos, de los cuales no me queda ya ningún recuerdo. Lo que mas me gusta es contemplar las montañas lejanas que se confunden con el cielo en el horizonte. Los objetos lejanos, lo mismo que el porvenir, provocan en mí el sentimiento de la esperanza; mi oprimido corazón cree que quizá existe una tierra lejana, en la cual algun día podré gozar al fin esa felicidad que tanto ansio, y que un secreto instinto me presenta como posible todos los días.

EL MILITAR.

Con un alma tan ardiente como la vuestra, muchos esfuerzos habréis necesitado para resignaros con vuestro destino y para no abandonaros á la desesperación.

EL LEPROSO.

Os engañaría si os dijera que siempre he sabido resignarme con mi suerte; no, no he llegado á esa abnegación de mí mismo que han logrado alcanzar los anacoretas. Ese sacrificio completo de todos los afectos humanos todavía no se ha operado en mí: mi vida se pasa en combates continuos, y hasta los poderosos socorros de la religión, no son siempre capaces de reprimir los impulsos de mi alma. Mi imaginación me arrastra muchas veces á pesar mio en un océano de quiméricos deseos, que todos van á parar á ese mundo del que no tengo la mas ligera idea, y cuya imagen fantástica tengo siempre á la vista para atormentarme.

EL MILITAR.

Si pudiera hacerlos leer en mi alma, y daros la idea del mundo que yo tengo, todos vuestros deseos quedarían desvanecidos como por encanto.

EL LEPROSO.

En vano algunos libros me han instruido de la perversidad de los hombres y de las inseparables desgracias de la humanidad; mi corazón se ha negado á creerles, siempre me represento sociedades de amigos sinceros y llenos de virtudes, y buenos esposos en el colmo de la felicidad, á beneficio de la salud, la juventud y la fortuna reunidas. Creo verles errando juntos por entre arboledas mas verdes y mas frescas que las que me prestan aquí su sombra, alumbradas por un sol mas brillante que el que á mí me alumbrá, y su suerte me parece mas digna de envidia, á medida que la mia me va pareciendo mas miserable. A la entrada de la primavera, cuando sopla en nuestro valle el viento del Piemonte, me siento penetrado de su vivificante calor y me estremezo á pesar mio: entonces experimento un deseo inesplicable y el sentimiento confuso de una felicidad inmensa de que podría gozar y que no tendré nunca. En esos momentos me salgo de mi cuarto y me voy al campo para poder respirar mas libremente: evito el que me vean esos mismos hombres que tanto desea mi corazón, y desde lo alto de la colina,

EL LEPROSO.

Y no son los últimos los mas crueles.

EL MILITAR.

Pero os dejan sin embargo momentos de reposo?

EL LEPROSO.

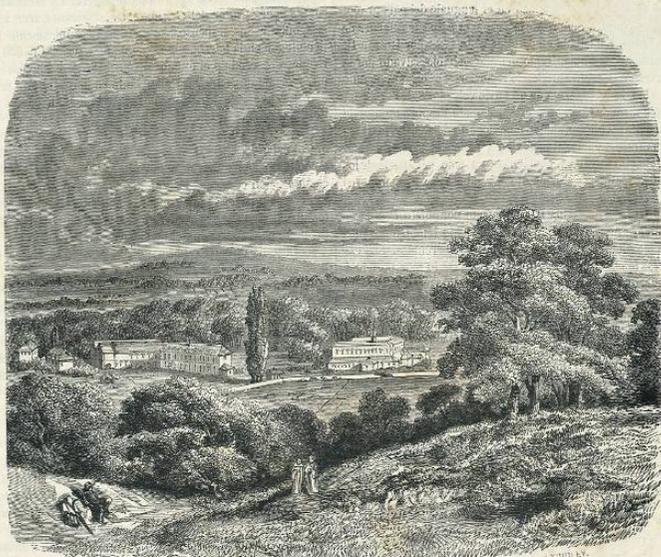
Todos los meses aumentan y disminuyen con el curso de la luna: cuando ésta principia suelo padecer mucho mas, pero enseguida disminuye la enfermedad, y aun parece cambiar de naturaleza; mi piel se seca y se pone blanca y casi no experimento ya ningún mal, pero lo mas insuportable que hay en él son los insomnios horribles que me ocasiona.

EL MILITAR.

Cómo! tambien os abandona el sueño?

(Se concluirá.)

CONVENTO DE LA TRAPA.



Vista del convento de la Trapa, llamado la Trapa principal, en el departamento del Orne.

«Contemplad, dice Chateaubriand en su *Gento del Cristianismo*, contemplad esos monjes vestidos con un sayo cubriendo sus sepulturas. Veis errar como sombras en esa selva inmensa de Mortagne, y al borde de ese estanque solitario. El silencio marcha con ellos, y si se hablan cuando se encuentran es únicamente para decirse: *Hermano, morir tenemos*. Esas órdenes rigurosas del cristianismo eran escuelas de moral en acción, insituidas en medio de los placeres del siglo, que ofrecían sin cesar modelos de penitencia,

y grandes ejemplos de la miseria humana á los ojos de la prosperidad y del vicio.

«Qué espectáculo tan terrible era el de un trapense agonizando! qué especie de filosofía tan elevada! qué lección para los hombres! Estendido sobre un poco de paja y de ceniza en el santuario de la iglesia, y sus hermanos colocados en silencio en torno suyo, les estaba exhortando á la virtud, mientras que la fúnebre campana doblaba por su agonía. Ordinariamente los vivos son los que animan al

que va á morir; pero aquí es otra cosa mas sublime: es el moribundo quien habla de la muerte. A las puertas de la eternidad, debe conocerla mejor que los otros, y con una voz que resuena ya en el cementerio, llama con autoridad á sus compañeros y á sus superiores á la penitencia. Quién no se estremecería al ver á ese religioso habiendo vivido de un modo tan santo, que duda todavía de su salvación cuando se aproxima al terrible paso? El cristianismo ha sacado del fondo del sepulcro todas las moralidades que en él se encierran. La moral ha entrado en la vida por la muerte. Si el hombre, tal como es en el día después de su caída, hubiese permanecido inmortal, acaso nunca habría conocido la virtud.»

Las ideas manifestadas aquí por Chateaubriand, cualquiera que sea el juicio que se forme de ellas, son evidentemente las mismas que precedieron á la reforma del abad de Rancé. La licencia y las pesadumbres le habían hecho aborrecer el mundo. Nombrado después abad del convento de la Casa de Dios, junto á Mortagne, resolvió retirarse enteramente y volver la casa á la severidad de los primitivos reglamentos.

La palabra *trapa* significa en el lenguaje del país grado; así pues Nuestra Señora de la Trapa era Nuestra Señora de los Grados. Esta abadía fué fundada en 1122 por Rotrou II, en memoria de un naufragio del que se había salvado por la intercesión celeste. Quiriendo recordar este origen, mandó dar á la iglesia la forma de un navio volcado. San Bernardo, primer abad de Clairvaux, establecido allí después monjes de su orden, pero estos habían abandonado demasiado la rigida observancia, cuando Rancé vino á llamarlos á ella, para lo cual encontró grandes obstáculos, no solo por parte de los religiosos, sino por el papa, que llamaba su empresa una *fiaría francesa*.

La reforma de Rancé tuvo en efecto por objeto el separar al hombre no solo de todos los gozos, sino tambien de todos los sentimientos, de todos los afectos terrenales. Sus esfuerzos tendían á que la vida se asemejase lo mas posible á la muerte. El aislamiento era un medio para llegar á la nada.

Su primer cuidado fué mandar levantar los edificios que se arruinaban. Los monjes se transformaron en albañiles y carpinteros, y luego se volvieron labradores para poner las tierras incultas en buen estado. Rancé murió en la Trapa, al cabo de un retiro de treinta años. Su reforma le hizo célebre y le visitaron sucesivamente en aquel sepulcro de hombres vivos, Bossuet, Massillon y los príncipes de la familia real.

En Francia existen todavía muchos conventos de trapenses. Nuestro dibujo representa aquel en que Rancé restableció la estricta observancia. Se le ha conservado el nombre de Trapa principal, porque es la cuna de la orden regenerada, y el deq ostiario de las tradiciones.

Los religiosos que allí habitan se dividen en padres y legos. Los primeros no se ocupan mas que de actos piadosos y de jardinería; los otros cultivan los campos, guardan los rebaños y ejercen profesiones manuales. El color del hábito de los padres es blanco y el de los legos es pardo.

El día del trapense principia á las dos de la mañana; el prior toca entonces á matines, y después viene la misa. El celebrante lleva casulla de lana; el altar no tiene ningún adorno; todos los objetos empleados para el Santo sacrificio son de madera y el canto de la primitiva iglesia, que no es mas que un monotonó recitado, reemplaza nuestro canto gregoriano.

El resto del día está consagrado al trabajo y á ejercicios

piadosos. Los religiosos se reúnen á ciertas horas en capitulo para hacer lecturas piadosas y para acusarse de las faltas cometidas contra la regla.

No hay mas que una comida; pero los trapenses pueden guardar una parte de ella para por la noche. Sus manjares son muy sencillos, y están condimentados con agua y sal; se componen de legumbres y de media libra de pan de munición. Cada trapense tiene un cubierto, un vaso de metal, un salero de madera y una servilleta de tela gorda de dos pies cuadrados. Uno de los monjes lee mientras se come en el refectorio.

Por la noche se retiran cada uno á una celda sin puerta, donde tienen por cama dos tablas, un jergón, un almohadón de paja y una manta de lana.

Los trapenses observan un silencio absoluto, y solo se dicen al encontrarse, como lo ha repetido M. de Chateaubriand: *Hermano, morir tenemos*. No se ocupan en cabar sus sepulturas, segun la opinion popular adoptada por el mismo escritor; pero hay una fosa abierta de antemano en el cementerio para el primero que se muera. La ceremonia contada por el autor del *Genio del Cristianismo*, acerca de la agonía de los trapenses, es verdadera; únicamente no tiene lugar en la iglesia, sino en la enfermería. Cuando el religioso ha rendido el último suspiro, le bajan á la fosa sin otra mortaja que su hábito y se planta en la tumba una cruz de madera que indica su nombre de religion, su edad y el tiempo de su profesion.

Para entrar en la Trapa hace falta un noviciado de un año al cabo del cual el aspirante es conducido á la iglesia, en donde le afeitan la cabeza. Desde aquel momento toda comunicacion cesa entre el mundo y él. Solo el abad se habla instruido de los acontecimientos que puede haber en su familia. Cuando sabe que alguno de los hermanos ha perdido un familiar pariente, se contenta con decir en la iglesia:

— Uno de nuestros hermanos ha perdido su padre, su hermana, ó su madre, oremos.

De este modo la pérdida que ha sufrido uno solo, es sentida de todos aquellos que han dejado detras de si en la vida algun postrer afecto.

Los viajeros, siendo hombres, son recibidos en el convento de la Trapa por un hermano que ha conservado el derecho de hablar; y pueden visitar el monasterio, asistir á las comidas y á todos los ejercicios religiosos.

BAÑOS FRIOS.

Sabido es que el uso de los baños, aparte de otras ventajas que el cuerpo humano reporta inmediatamente de ellos, obra como un poderoso preservativo de la salud contra muchas enfermedades, y aun contribuye en gran manera al constante despejo y buena disposición de nuestras facultades intelectuales. Las personas que por necesidad ó carácter observan un método de vida activo, están obligadas, mas que otras, á frecuentes abluciones, que son los delicados poros de la piel sacudan las porciones sólidas con que los cubre la continua transpiración, y puedan ejercer libremente sus funciones. No basta para este objeto humedecer diariamente las partes del cuerpo mas expuestas á la influencia del aire; se necesita una inmersión general, ó bien pasar una toalla ó paño húmedo por todo el cuerpo, á fin de que el vigor moral é intelectual se promueva por medio de la excitación física.

Muchos creen que el uso diario de los baños, en climas

cuya temperatura está sujeta á constantes variaciones, perjudica nuestra constitucion, y ántes produce constipados, fluxiones y dolores reumáticos, que resultados ventajosos para la salud; pero este temor puede entrar en el número de las preocupaciones de los que no están acostumbrados á seguir aquel sistema, y puede asegurarse, sin miedo de caer en error, que los baños, aun los recomendados por el método hipodámico, son convenientes y necesarios para las personas de constitucion sana y robusta, siempre que en ellos se observe un sistema prudente.

Cierto es que hay algunas naturalezas tan sensibles y fáciles de conmoverse por el frio, que solo en casos extremos deben esponerse á él; pero aun para estos, que llamaremos barómetros vivientes, puede ser útil el uso de los baños templados que han de ir fortificando poco á poco, y quizá producir un cambio en el individuo.

Por último, no debe ponerse en Joda que la costumbre de bañarse diariamente, sobre todo en agua cuya temperatura no diste mucho de la de la sangre, no solo es recomendable como exigencia de la púcritud y del aseo, sino como necesaria al mejor estado de la salud.

Vamos ahora á esponer algunas observaciones acerca de las ventajas que producen los baños frios, que no dejarán de interesar á nuestros lectores.

La temperatura del baño frio varia desde los 45° hasta los 85° Farenheit, y considerado bajo el punto de vista facultativo, es tónico y esfolmante al mismo tiempo no siendo de larga duracion; pero para que produzca todo su efecto, es necesario que el individuo sienta un calor agradable por todo el cuerpo, inmediatamente después de salir del agua. Si la sensacion de frialdad ó estreñecimiento continúa después de estar dentro del baño, no es bueno repetirlo.

Una de las circunstancias mas importantes en el uso de los baños frios, es el error en que está la opinion vulgar de que es mas conveniente entrar en el agua cuando el cuerpo está enteramente frio, y que los que están ajitados por haber hecho ejercicio, y han empezado á transpirar, deben esperar hasta quedarse frios del todo. Contra esta opinion errónea existe la regla y precepto invariable y sin escepcion, de que un ejercicio moderado debe siempre preceder al baño frio; y que tanto un reposo absoluto, como un ejercicio violento anteriores, son perjudiciales en semejantes casos.

Los baños frios que deben preferirse son los que se toman en el mar, ó en un río de corriente clara, ó bien en un lago ó estanque; pero si esto no se puede conseguir fácilmente, se aplica, casi con el mismo efecto, el baño de tina ó la fro-tacion general con un lienzo húmedo.

La hora mas á propósito para tomar el baño, es la de la mañana, á menos que no sea en el río ó lago; pues entónces es mejor después de medio día, ó dos ó tres horas antes de ponerse el sol. Generalmente una hora después de haber tomado un almuerzo ligero, ó dos horas ántes de comer, ó cuatro después de haber comido, se consideran las mejores del día para este objeto.

Las personas que gocen de buena salud y de una constitucion fuerte deben bañarse, á lo menos dos veces por semana en agua fria, y si las abluciones son diarias, tanto mejor; pero al entrar, ha de tenerse cuidado con que la cabeza sea lo primero que toque el agua, ya sea el baño de inmersión ó de aguacero, cubriéndola uno ó mas minutos ántes con un lienzo húmedo; después de lo cual se puede entrar sin riesgo en el baño. Como la inmersión se siente mucho menos cuando es repentina, y es muy importante que

la primera impresion se sienta igualmente por todo el cuerpo, se recomienda entrar en el agua sin ningún género de temor pues ha sucedido muchas veces que, observando un método contrario, la sangre ha ido subiendo de abajo arriba del cuerpo hasta producir una apoplejia mortal. Por esta razon se cree que el baño de lluvia ó aguacero es preferible á los demas, pues trasmite inmediatamente el agua por todo el cuerpo.

La duracion de un baño de inmersión debe ser corta y conforme á la mas ó menos robustez y delicadeza del individuo. En el verano, por ejemplo, puede permanecer una persona saludable hasta media hora en el agua, pero en la primavera ó en el otoño, bastan uno ó dos minutos. En iguales circunstancias debe advertirse que el agua fria obra con mas violencia en las personas de edad y débiles, que en las jóvenes y corpulentas: por esta causa un hombre de setenta años, aun en los dias mas calorosos del verano, apenas puede permanecer en agua fria, sin peligro, mas de diez ó quince minutos, al paso que un jóven robusto de veinte sufre su impresion por espacio de una hora con toda seguridad.

Al instante después de salir del baño, es necesario secar el cuerpo con un lienzo basto y no sentarse tranquilamente enseguida, sino tomar un poco de ejercicio, hasta restablecer la circulacion de la sangre y la accion general de todos los músculos.

Las ventajas principales de los baños frios, sin contar el aseo y salubridad, son la disminucion del excesivo calor del cuerpo, ó el efecto de una reaccion conveniente en el sistema. Tambien son muy recomendables para el tratamiento de varias dolencias nerviosas y enfermedades reumáticas y de gota; pero, como esto entra ya en la jurisdiccion de la ciencia médica, terminamos aqui estas observaciones que creemos útiles é inteligentes para la generalidad.

CORO DE LA CATEDRAL DE CHARTRES.

Este coro de la catedral de Chartres, que es una de las maravillas del arte francés, fué principiado en el año de 1514, por los dibujos del arquitecto Juan Texier. Los grupos de figuras que forman su ornato principal, ejecutadas en gran parte por los años de 1611 por Angel Boudin hábil escultor de Orleans, fueron completados en 1681 por Dieu y Le Gros, escultor de Chartres y de 1700 á 1706 por artistas de ménos nombradía.

El bueno y verídico Sablon en su *Historia de la antigua y venerable iglesia de Chartres* (segunda edición, 1683) se explica en los siguientes términos sobre esta obra maestra de arquitectura y escultura: «El cercado del coro se hizo de una piedra blanca y lisa, cortada y cincelada, de un trabajo esquisito, enriquecida con imágenes, y otra porcion de raros artificios. En ese coro se ven representadas las historias de la vida de Nuestra Señora, y los misterios de nuestra redención. Hay treinta y tres nichos guardneados de figuras que son casi tan grandes como el natural y que fueron hechas por los primeros escultores que habia en aquel tiempo; aunque las que hizo Boudin se llevan la palma entre todas. En 1681, en uno de los trece nichos que faltaban hacer todavía M. Dieu colocó cuatro figuras que representan la muger adúltera, Nuestro Señor y dos judios, uno mirando atentamente lo que Nuestro Señor escribía y otro huyendo, figuras que manifiestan bien el asunto que representan. Hoy sábado víspera de Pentecostes, 3 de junio de 1683, M. Le